

LANZ, Juan José. *La revista "Claraboya" (1963-1968): un episodio fundamental en la renovación poética de los años sesenta*. Madrid: UNED, 2005. 464 pp. (ISBN 84-362-4895-3)

La década del cincuenta había significado para la renovación de los modos y los temas poéticos españoles un importante paso, llevado a cabo sobre todo a través de la recuperación del impulso rehumanizador que conectaba a la poesía de la Segunda Generación de Posguerra con la de los años de la República, la asunción de ciertas reivindicaciones sociales y la lucha por las libertades, según la variante sartreana del *engagement*, una vez superadas las fisuras entre las concepciones de la poesía como comunicación y poesía como conocimiento, que en el fondo no eran –ni son– excluyentes y que con el tiempo representaron una discusión que fue diseminándose en un pretexto que había servido más bien para presentar a una nueva hornada de escritores –Carlos Barral y su flamante editorial a la cabeza– con muchas ganas de entrar de lleno en los debates, frente a la vieja, que a fin de cuentas servía de correa de transmisión para ciertos sectores oficiales, solapada y más o menos en la “sombra de su paraíso”, y en la que destacó entre todos la figura de Vicente Aleixandre. Pero hubo también otros. La tarea no era sencilla: dotar a la cultura española de dentro de la península de aquella fuerza que, desde la devastadora Guerra Civil, no había vuelto a tener, y que desde entonces sólo había brillado fuera de nuestras fronteras territoriales y en el exilio, léase Luis Cernuda, Rafael Alberti, o Juan Ramón Jiménez.

Una vez que toca techo la estética social-realista en el segundo lustro de la década de los cincuenta, concretamente en 1959, con el homenaje de la Generación del 50 a Antonio Machado en Colliure, y llega a declive hacia 1962 o 1963 al corroborarse el agotamiento temático y estilístico –por la poca variedad– en el que se habían inmerso altruistamente los autores de la época (declive luego refrendado por la aparición en 1965 de la antología de Leopoldo de Luis), comienza a respirarse otro ambiente y a atenderse a otras propuestas.

Ya en el primer lustro de la década de los sesenta, por ejemplo, se puede asistir a las novedosas y originales muestras de poesía visual o experimental en España (Julio Campal, Fernando Millán, etc.); de 1964 data *De las condiciones humanas*, de Francisco Ferrer Lerín, que sirvió de antesala para *Arde el mar*, de Pere Gimferrer, aparecido en 1966, y que desde entonces se convirtió en fecha y libro claves de la renovación emprendida. Esta obra, por lo que posee de madurez y hallazgo, abre definitivamente el panorama de la poesía española hacia otros referentes y espacios, rejuveneciéndolo y liderando, su autor, con el paso de los años, el proyecto novísimo que nominalmente avalaría José María Castellet. Madrid y Barcelona polarizaban la poesía –y la cultura– española, y pocos intersticios quedaban en las provincias: Andalucía se encontraba eclipsada, y otros referentes culturales de finales de los años cuarenta y cincuenta habían desaparecido, por obsoletos, pues la evolución de la poesía se había realizado vertiginosamente en pocos años en una sociedad ávida de cambios, todos ellos paralelos a las tímidas aperturas liberales del Régimen

franquista, en lo económico y comercial. Quedaban, claro está, las revistas importantes (aunque no exentas de problemas en algunos años críticos: *Ínsula*, *Papeles de Son Armadans*, etc.), ya consagradas, y también las otras publicaciones de la cultura oficial, que cada vez más se hacían eco de ciertas grietas ideológicas, pero que necesariamente ocupaban un espacio hegemónico. Los casos de las revistas juveniles, casi todas en provincias, léase *Cántico* en Córdoba, o *Espadaña* en León, quizá las dos revistas más significativas de los años cuarenta y parte de los cincuenta (por su influencia), se disolvieron con la natural evolución de los grupos que las formaban, respondiendo a su carácter de publicación periódica que debía aglutinar coyunturalmente a una serie de escritores de un mismo entorno, ayudándoles como plataforma, para proyectarse.

A fines de 1963 nace la revista *Claraboya*, alentada por este clima de renovación y cambio que se había convertido en un deseo generalizado, puesto que tras la Segunda Guerra Mundial en España no se había vivido un proceso de normalización cultural como podía haberse dado en Italia, Francia... Por tanto, la irrupción de las corrientes neo-vanguardistas y otras propuestas teórico-estéticas se fueron posponiendo hasta esta década, empujadas definitivamente ya a su final con las revueltas estudiantiles y la entrada del Régimen en sus años menos duros. Con el fantasma de la censura rondando por ahí, quizá sí que sea curioso, en el alumbramiento de estos años, que *Claraboya* alcanzara a editar diecinueve números a lo largo de algo más de un lustro, y que esta publicación radicara en León, aunque también es verdad que la capital leonesa ya había albergado, como hemos adelantado, a una de las revistas más importantes de la Segunda Generación de Posguerra, *Espadaña*, una revista distinta –por heterodoxa– que había cumplido como ninguna otra un papel decisivo en aquel panorama poéticamente correcto y garcilasista de mediados y finales de los años cuarenta. El último número de *Espadaña* se remonta a 1951 y, sin contar algún otro escaqueo literario que no logró obtener la importancia de su predecesora, *Claraboya* se erige como su más que digna sucesora, retomando no sólo el pulso de la cultura leonesa, sino lanzando hacia el resto del Estado a un grupo (Agustín Delgado, Luis Mateo Díez, José Antonio Llamas y Ángel Fierro) que se codeó con los mejores poetas españoles del momento.

En las páginas de *Claraboya* se acogió sin duda a las figuras poéticas más significativas de la década de los sesenta, sólo empañadas por la irrupción exitosa de la estética novísima en 1970, una irrupción que desplazó a todos estos autores hacia una suerte de destino sin generación y que sólo con los años ha ido revitalizándose. No podemos olvidar que la década de los sesenta fue un hervidero de tendencias – en el que *Claraboya* cumplió una función muy específica, importante, que a la luz de los años se está observando más que relevante– y que fue no sólo una década de transición y búsqueda estéticas, sino una década de por sí instalada en el eclecticismo, en la absorción de influjos, donde unas cada vez más amplias capas sociales se volcaron en una apertura hacia lo que se respiraba fuera de nuestras fronteras, hacia una revisión radical y una toma de postura decididamente modernas respecto

a las oleadas e influencias que habían ido llegando casi con cuentagotas hasta entonces, y sólo para unos privilegiados.

La revista *Claraboya*, en este sentido, poseyó un carácter de reconversión de los moldes sociales y figurativos de la época, rechazando el formalismo y el experimentalismo vacíos, tan en boga –la máscara culturalista, en suma–, y reivindicando la escritura poética como un ejercicio de conciencia individual e historia colectiva, sin renunciar al intimismo, pero superándolo y liberándolo de los pobres cauces expresivos a los que había sido sometido. En sus diversas propuestas programáticas, *Claraboya* defendía una escritura que realizara una síntesis de tendencias y que siguiera vinculando lo social a la historia, pero que fuera asimismo expresión y voluntad de un canto sincero y humano. De afilados presupuestos teóricos, acogía también reflexiones de poética, meditaciones críticas, artículos marcadamente filológicos...; filo-marxista, y con una clara vocación para leer la realidad al margen de las estrecheces del objetivismo imperante en los rígidos sectores del marxismo de corte idealista más recalcitrante, que copaban la oficialidad de la oposición, *Claraboya* tuvo la difícil tarea de propugnar una estética renovada –porque se podía renovar, y entendiéndose aquí la noción ‘repensar’–, pero en pleno declive de estas ideas y sin ningún apoyo ‘externo’. Quizás ésta sea una de las razones por las que con el paso de los años esta revista no ha tenido el reconocimiento que se merece, y bien es cierto que su incidencia hubiera sido infinitamente más decisiva sólo si hubiera aparecido un lustro o dos antes. Los escasos planteamientos de ortodoxia de esta publicación, la hicieron algo menos atractiva para aquellos sectores de oposición que siempre ven con recelos cualquier atisbo de disensión. La revisión político-ideológica, por un lado, del marxismo, enlazando con el *corpus* de las teorías brechtianas y benjaminianas, enfrentándose abiertamente al social-realismo, y, por otro, la asunción de cierto fragmentarismo en el discurso, que evolucionó hacia una discursividad narrativa, hicieron de *Claraboya* un ejemplo preclaro de independencia y rigor teórico-estético, un referente en la época que enlazaba directamente con la línea clara o figurativa de la mejor generación del 50, y muy en concreto con lo que Carme Riera acertó a llamar “Escuela de Barcelona”.

En la evolución visible de sus cinco años largos de vida, “*Claraboya* va a plantear una nueva concepción dinámica, *dialéctica*, de la realidad y de la poesía, que le llevará pronto a promulgar una superación de la concepción estática del realismo precedente y la búsqueda de una estética de “fórmulas rotas”, derivada directamente de su concepción de la realidad y de la poesía como captación de la vida en su propio devenir. [...] Todo ello se desarrolla a partir de una concepción de la poesía como un modo de conocimiento profundo y dialéctico de la realidad desde la conciencia individual” (35), nos dice literalmente Juan José Lanz, el reconocido especialista que ha preparado esta compacta y completa obra sobre *un episodio fundamental de la renovación poética de los años sesenta* en España, parafraseando el subtítulo.

Juan José Lanz es uno de los estudiosos de la poesía española de posguerra –y muy concretamente de las poéticas de los años sesenta, la denominada “Generación

del 68” – más destacados de la crítica española reciente, y sus numerosas y brillantes publicaciones que le acreditan, han venido, como ésta, a resituar el marco de las revistas poéticas comprendidas entre 1939 y 1975. Este amplio marco (dinámico, por lo que todavía queda por indagar), que tan bien atendiera Fanny Rubio en su ya clásico trabajo *Las revistas poéticas españolas (1939-1975)*, reeditado no hace mucho, por cierto, por la Universidad de Alicante, y que sigue siendo el catálogo más completo y el manual más manejable, preciso y orientativo, necesita sin embargo de un análisis más pormenorizado, una especie de parcelación que posibilite la profundización en el estudio de las revistas más por lo menudo, una a una. Incidiendo en lo ya expuesto, pero con palabras del propio Lanz: “En este sentido, el periodo que se inicia en torno a 1962 con la crisis de la estética social y que concluye aproximadamente con la muerte de Franco y la restauración democrática, resulta un hervidero de corrientes y tendencias dentro de la poesía juvenil en torno a la denominada Generación del 68. Un análisis atento de los diversos proyectos y publicaciones poéticas del momento revelan a la mirada atenta un periodo menos monolítico que lo que la generalización del marbete “novísimos” permita quizás entrever” (31). Y es que esta última afirmación, lejos de ser exagerada, viene a poner la alarma en un aspecto muy destacado de nuestra última historiografía literaria, aún por escribir: “La antología de Castellet vino, en cierto modo, a reducir la pluralidad de tendencias alcanzadas en la joven poesía en los años inmediatamente anteriores a unas pocas líneas poéticas allí presentadas” (34). Y es aquí, y por ello, entonces, cuando cobra total interés y oportunidad este volumen, de más de cuatrocientas cincuenta páginas, que viene a diseccionar ese proyecto que fue la revista leonesa *Claraboya*, sus propuestas teórico-estéticas, analizando las poéticas y los poemas de los autores que aparecieron en sus páginas y las relaciones con otros colectivos o poetas, con la editorial El Bardo, tan influyente y a la vanguardia, por aquellos años; y en general sus estribaciones a lo largo de la década de los setenta, haciendo un balance final de todo lo que significó este *episodio fundamental*. Completa el volumen un índice detallado de la revista en las tres etapas por las que atravesó, y una amplia y estu-penda antología de los poemas que aparecieron en la revista, más los que se editaron luego aparte en recopilaciones posteriores.

Juan Carlos Abril
Universidad de Granada

VANDEBOSCH, Dagmar. *Y no con el lenguaje preciso de la ciencia: la ensayística de Gregorio Marañón en la entreguerra española*. Ginebra: Librairie Droz, 2006. 296 pp. (ISBN: 90-7048916-8).

El ensayo, como género bisagra entre la historia y la reflexión, cruce entre teoría y praxis (“literatura funcional” la llamaba José de Onís), ha privilegiado el contenido sobre la forma y la misión ética del autor sobre cualquier consideración estética. Su